

CUADERNO DE ABUL QASIM



SANTOS DOMÍNGUEZ RAMOS

Para la escritura de este libro su autor disfrutó de una Ayuda a la Creación de la
Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura.

A Gaspar Manzano, in memoriam, con mi dolor más alto, que no le alcanza.
A sus padres, juntos como una lágrima.
A Isa y a Javier, ungidos ya, tan jóvenes, por la mueca siniestra de la vieja dama.

La nostalgia es la mentira gracias a la cual nos acercamos más pronto a la muerte. Vivir sin recordar sería, tal vez, el secreto de los dioses.

Álvaro Mutis.

*...y, en el sur, el poeta
sueña un sur más lejano.*

Antonio Colinas.

La extraña conjunción de una tarde de tedio, curiosidad y fortuna puso en mis manos el manuscrito que ahora saco a la luz. La discreción me aconseja no dar detalles de las circunstancias de un hallazgo que me deslumbró y me alentó en el esfuerzo de familiarizarme con el árabe hasta estar en condiciones de adaptar este texto con aceptable solvencia y considerable libertad. Cinco años de ardua labor de estudio, traducción y reelaboración están detrás de este libro, que quiero glosar brevemente.

Yo tenía noticias de un Abul Qasim a través de un manual de literatura hispano-árabe, pero me parece evidente que no se trata del mismo poeta. El Abul Qasim del que daba noticias ese manual había vivido en el siglo XII y había sido víctima de la intolerancia almorávide, esa tribu de bereberes de rostros velados, embrutecidos por el desierto, que odiaban a Sevilla, despreciaban la literatura y se mostraban tercamente inmunes al refinamiento de la cultura andalusí, como los berberiscos que arrasaron Medina Zahara. Después de haber tenido una cierta relevancia en la corte de Al Mutamid, fue degradado como tantos otros a la condición de poeta provincial, de *katib* de Ibn Tasfin.¹

Nuestro Abul Qasim es otro y anterior, seguramente de la primera mitad del siglo IX, y muestra un llamativo paralelismo en su itinerario vital y geográfico con el primero de los omeyas cordobeses, Abderramán, el emir que fue cruel y alevoso, el que introdujo la palmera en el paisaje andaluz y protegió las artes y las ciencias.

Las referencias a Ziryab, otro ilustre emigrado bagdadí, permiten situar estos textos no antes del año 822, en que el famoso músico abandona su tierra y se instala en la corte de los emires cordobeses.

El recuerdo fresco de Oriente, sobre todo de Siria, y la percepción del paisaje andaluz como un espacio extraño es la primera de esas coincidencias. Abul Qasim es, como Abderramán, un recién llegado. De ahí que sus versos rodeen el ámbito del presente de un innegable matiz de desarraigada provisionalidad.

Como el omeya, al que una tradición apócrifa aún vigente le presenta también como poeta, Abul Qasim se expresa con la melancolía de quien ha perdido el paraíso y sabe que esa pérdida es irreversible. Ninguna esperanza cabe en quien pasa por ese trance sino la de reconstruir lo más vívidamente posible esa ausencia irreparable. Ausencia de la patria original, de Damasco, de Bagdad, de Ispahán, que son los referentes espaciales de esa añoranza; una añoranza que es también temporal y que por eso proyecta su tristeza sobre un tiempo pasado cuyas aristas han ido puliendo los días y los soles y las lluvias con su ritmo inclemente.

Como el omeya, nuestro poeta parece haber nacido cerca de un río sagrado, el Éufrates, padre de tantas culturas, para acabar en Al Ándalus junto a otro río sagrado, en cuyas orillas Abderramán se aplicó a reconstruir lo perdido en cinco años de persecuciones, furtivismo y clandestinidad. La inagotable energía que suministra el rencor le ayudó a no desfallecer en tal labor: importó jardines sirios, construyó un palacio similar al de su infancia y lo llamó con el mismo nombre, Al Rusafa, en un empeño enconado e inútil por vencer al tiempo.

Al mismo esfuerzo de recuperación de lo perdido, si bien por otros medios, responden los versos que integran este *Cuaderno*. Porque, como el omeya, Abul Qasim se ha visto obligado

¹ Vid. Rubiera, M Jesús: *Literatura hispano-árabe, en Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*. Taurus, Madrid, 1980, pág.163.

-¿por qué circunstancias?- a abandonar ese espacio primigenio con cuya materia indeleble se construyen los sueños. Como Abderramán, nuestro poeta parece condenado a la melancolía desalentada de quien se sabe desterrado para siempre de esa patria imposible que llamamos felicidad y que sólo existe en el ámbito ensoñado de la literatura.

Por eso no debe extrañarnos el contraste entre la falta de concreción del espacio inmediato -¿Córdoba?, ¿Granada?, ¿Málaga?- y la evocación plástica, hecha con el corazón, no con los ojos, de los lugares perdidos a los que se espera volver algún día, aun sabiendo secretamente que ya no existen, si es que han existido alguna vez más que en el recuerdo. Salvando las distancias, es el mismo proceso de desrealización del paisaje que se puede observar en la segunda edición de *Campos de Castilla*.

Asombra la modernidad de algunos de estos poemas, encendidos por una esperanza desalentada que no tiene más fin que ella misma. Muchos siglos antes de que Milton, Alberti o Aleixandre nos hablaran del paraíso perdido, y sin huellas de los mitos arcádicos de la literatura grecolatina, vemos aquí un cabal tratamiento de ese tema tan universalmente afincado en lo que hoy se llama el inconsciente colectivo.

Asombra también comprobar el don profético de algún que otro texto.² A ese don visionario podemos ligar el ensueño de una plaza que parece anticipar la Plaza de la Palabra de Marraquesh, muchos siglos antes de que existiera. Algo que no debe extrañarnos demasiado si consideramos que en las culturas mediterráneas se ha atribuido capacidad profética a los ciegos y a los poetas. Condiciones ambas que coinciden ejemplarmente en Homero o en Max Estrella y de forma parcial -le faltaba un ojo- en el tantas veces mencionado Abderramán.

² AY, como los profetas, el don de obrar milagros es, quizá, uno de los versos más redondos del libro.

LA ALJABA DEL VIAJERO

*Aunque entre sus mayores se pudieran tal vez contar
Mutasim mismo y quienes lo vencieron.*

Fernando Quiñones

La almendra de la noche en los aljibes hondos
de la memoria.
Volverás a La Zubia
cuando en la madrugada el viento agite
banderas de silencio sobre los torreones.

En las encrucijadas de Basora el viajero se adiestra
en el hábito cruel de la renuncia, en curvas
de laberinto o álgebra cifrada de los días.
Vivir es desistir, es ir dejando
en cada paso un fardo incierto de penumbras
o luces que el futuro irá desmoronando
por turbios albañales sin cielo ni horizonte.
¿Qué importa no acertar si la memoria,
como un gusano frío,
teje los hilos frágiles de seda del olvido?

Como un leproso oscuro, también tú has escapado
bajo estrellas secretas, por sierras tenebrosas,
por ríos rigurosos y desiertos salados.
Has sufrido el estigma ardiente de los días,
la raíz tuberosa de los amaneceres,
el tiempo y los cimientos húmedos de la tarde;
la arcilla de los años, la aljaba del deseo,
las flechas con cicuta de la casa de Omar.

Los almuédanos ciegos con sus cinco llamadas,
como cinco punzantes agujones de sombra,
te recuerdan hirientes y certeros los cinco
años de lanzas negras y estandartes de muerte,
de sueños intranquilos, nómada de las cuevas,
con el perro acezante del hambre en el costado.
A veces te despiertas y ves en las galerías
las banderas nocturnas, con dragones sangrientos
que braman tenebrosos en sus noches sin sueño.

Los puentes van trazando su leve alegoría
del mundo:
los puentes se atraviesan
mirando el vado oscuro que dibuja en la orilla
la azul caligrafía del recuerdo,
sus pasadizos turbios, la trama del tapiz
con las uvas de Trípoli,
la taracea secreta que va labrando el agua
con ese empeño inútil que lleva hacia la nada.

Si vuelves a Damasco,
viajero, ponte un velo
delante de los ojos,
que el sueño aún no ha pulido
en los muros de adobe
la arista del dolor.
La madrugada, el gallo
de cobre por las cúpulas.

Cuando estabas mirando
las naranjas amargas de los huertos de Murcia,
el hijo de Ismaíl, el ciego del mercado
de dátiles de Málaga,
te ha tocado en el hombro para decir -y has visto
en su acento la tinta verde de la nostalgia:
- Si vuelves a Ispahán,
tráeme bulbos de nardos
azules como el mundo que ve quien se desmaya
y atardeceres rojos
detrás de las murallas de adobes incendiados
por la dulce almenara del cielo de poniente.

Como la torre que en la costa aguarda,
cercada de palmeras y arenales,
el improbable ataque berberisco;
como la torre expuesta al oleaje
exacto y riguroso y erosivo
de los días y los soles implacables
Como esa torre tú, como esa torre.

En esta noche de caballos negros
que galopan furiosos y van rompiendo nubes
con el sonido sordo que anuncia las tormentas,
ser, como Ulises, nadie;
y en alta mar sacarle
la hiel al tiburón fogoso del recuerdo.

¿Estar en otro sitio...? El viaje verdadero
es aquel que se emprende sabiendo que ya nunca
volveremos al punto de partida, a la exacta
certeza de los puertos que dejamos atrás.

¿ Lo demás? Excursiones y argucias de la niebla.
El viajero cabal es el que nunca vuelve,
quien rompe las amarras y atraviesa la leve
espuma blanca y turbia que le unía al pasado,
el que rasga la túnica que ayer llevaba puesta.
El viaje verdadero consiste en no volver.

LA MEMORIA, ESE ALCÁZAR

*El pasado es arcilla que el presente
labra a su antojo. Interminablemente.*
J. L. Borges.

Con letras coloradas dibujas en el yeso
la geometría del verbo fugaz de los cometas,
la compleja gramática de la veleta, el álgebra
secreta de las hondas albercas del recuerdo,
el ajedrez violento de las conspiraciones
en los baños lustrales con eunucos ambiguos.

La hora de los rabeles y los gatos, antiguos
y silentes guardianes de las puertas del templo.
Golpeas con una aldaba la entrada transparente
del tiempo. Igual que un sátrapa poderoso y altivo,
subes a los adarves para ver acercarse,
desde los arenales suaves del horizonte,
al mercader oscuro con la noche en los ojos.
Las lentas caravanas con los cedros del Líbano.

Los arcángeles tristes de la memoria bajan
hasta los arrabales con hogueras y estanques.
Has sentido su vuelo de niebla por las torres
cuando la luz delgada te clavaba en los ojos
la herida de la aurora, las almenas, la vega
leve como las túnicas azules de Ifriqiya.

Como a los lobos negros que por la noche bajan,
envueltos en la sombra, al río para beberse
estrellas y ventiscas, la memoria, ese azogue
opaco y cuarteado, te devuelve al secreto
oasis y a los corceles planos del espejismo.
Otra vez es la turbia sintaxis del recuerdo,
la ballesta tensada contra la luz herida.

Los cristales de plata del laúd de Ziryab
restituyen tu infancia en los palacios de agua.
Con una antorcha subes a los altos alcázares
de la memoria y miras latir a la ciudad:
los alminares negros, los patios, las hogueras
de los amaneceres, el aljibe, el incierto
astrolabio del lento mercader que aventura,
con camellos y esclavos, sus pasos por la niebla.
Tras los claveles rotos, abril en los jardines.

La ciudad de los ojos en tu recuerdo: el hilo
de luz en las callejas, los narradores ciegos
de cuentos, los viejos adivinos,
los camellos que traen maderas aromáticas.
El desertor, las torres, la algarabía del zoco,
los mercaderes tristes de marfil y tapices,
el azafrán, las cúpulas, el arrayán, los zócalos,
Al Fath el especiero y el domador de monos
que vienen del oasis remoto de Xauén.

Los ríos del paraíso en las lentas marismas
de Hudaybiya, la médula
insondable del limo.
Con cálamos del Tigris dibujas en el aire
la sedición del tiempo, las torpes abluciones,
el anaquel de arena, el alfar, la carcoma,
las altas caravanas que devora la luna.

El lugar de la luz en la alcazaba inmóvil
bajo la media luna.
Perdida la memoria,
tener la indiferencia mineral del lagarto,
la madurez cansada de la granada abierta
y, como los profetas, el don de obrar milagros.

Un hombre es el paisaje de las ciudades que ama:
Sus callejones lentos, sus fuentes musicales,
sus estanques secretos, sus arduos laberintos,
sus plazas numerosas, sus jardines en sombra
y el difuso horizonte que ve desde sus torres.

EL ALFANJE SECRETO

¿ A quién pediremos noticias de Córdoba?
Ben Suhaid.

Se ha poblado de mirto el canto de las fuentes
y la paloma corta en dos el aire azul.
Allí está, con sus sombras, la luz de los recuerdos,
la geometría frágil del suave surtidor;
aquí, los laberintos de la medina blanca
con sus puertas abiertas al campo, a las palmeras,
a los pozos sonoros, a los limones frescos
y a las acequias dulces con espliego en la voz.

La plaza de tu sueño es una algarabía
de razas que contemplan el viejo palmeral.
En esa plaza miras fluir el chorro lento
de cada atardecer:
el agua se detiene en acequias con sándalo
y alminares sonoros que dan la espalda al tiempo.
Tú has visto en esa plaza,
junto al viejo que toca la darbuka y los encantadores
de serpientes, la almendra sabia y dulce
de la desgana antigua.
La indolencia frugal con que miran la vida
los turbios vendedores de cántaros de Fez.
¡Cómo late a esa hora el corazón mestizo
y cálido del Sur!

No te engañe la tarde serena del oasis
que lentamente afina, desde la alfarería,
la terca estalactita azul de la nostalgia,
las murallas de greda,
la luz arrebatada del desierto infinito,
el cordobán brillante de las noches sin luna.

Tarde en los alminares rojos de la medina.
Los almuecines ciegos llaman a la oración.
Hazam el cojo sube por las callejas de agua
trémula bajo el sol en las cúpulas de oro.
Tú ves oscurecerse la vida en el jardín.

Desde los arrabales de la Puerta del Vino,
¿ no oís bajar la voz
por los caminos de agua
tibia de las acequias
del buen Abdul Bashur,
el de Guadalajara?

La hora de la oración en la mezquita de oro.
A mí dadme las tardes serenas de la infancia.
La lentitud del patio, la penumbra del agua
invisible, el naranjo con flores, el mirto,
las columnas de mármol con racimos y acanto.
A esa hora de salmodias y celosías secretas
cuando se calma el viento en las torres de greda,
el silencio parece la materia del mundo.
Fuera queda la selva encendida del zoco.

La plaza de los muertos en la medina, el arco
curvo de luz, el borde vegetal de la tarde.
La antigua voz del viento que lame como un perro
la arena innumerable, el crisol de los días,
la desolada cara secreta del leproso.

Igual que una gacela herida por la tarde,
el dolor se refugia en la humedad del huerto.
Las sombras tutelares del vergel cicatrizan
la huella incandescente del león en su piel.
La estirpe de la aguja, la raíz del escorpión,
las llagas numerosas que muerde un viento antiguo,
tenaz como la verde pimienta de Ceilán.

Donde los ballesteros, en la cima secreta
y apical de la tarde,
Israfil, el que anuncia el final de los días,
enciende sus hogueras de sándalo en las torres.
Los esclavos de Nubia sueñan en los zaguanes
con el álabe frío de las dagas, con ríos
de venganzas secretas del ángel de la muerte.
Antes de que amanezca habrán capitulado
ante la realidad cruda del camellero
que viene de Kairuán.

Ha quedado en el aire morado de la tarde
un hueco de alabastro y pigmentos de almagre.
Las palomas rasean su vuelo indiferente
sobre el mudo estertor del horizonte estrecho.
Se ha cerrado la noche. Es otoño en el mundo
y el viento tras los muros es una bestia ciega
que aúlla en los arrabales de escarcha de la muerte.

Ya los músicos ciegos, con su salmodia oscura,
cruzan lentos la Puerta del Leproso. El estuco
dudoso de la tarde se enfría en las copas de oro
del salón del visir.
Y por los muladares que muerde un viento antiguo
la sombra extiende el velo balsámico del sueño.

Recostado en la arena,
el buen Abul Jaqam
te había prometido una noche de amor.
Tras la primera unión se ha quedado dormido
hasta el amanecer.
Y tú has tenido tiempo
de ver en él la imagen de las hogueras leves
del ocaso, la imagen
exacta, ausente y lenta de la muerte.

La luz de parasceve, la casa de David.
Con espadas de fuego, los ángeles del sueño
encienden luminarias detrás de la medina.
En las puertas de bronce los eunucos se duermen
escuchando los cuentos de los fabuladores.
Abu Imram les ofrece el pebetero antiguo
que vio arder una noche caliente en Tremecén.

Hasta la alcaicería la madrugada arrastra
por acequias sonoras estrellas con hinojo,
aliagas con espinas y rastros de planetas.
Desde la alberca oscura en donde los cipreses
como ciervos de vidrio se ensismisman y tiemblan.

Con frialdad mineral de reptil, el alfanje secreto
del tiempo hiere esquinas, higueras y perfiles,
orillas y alamedas y el otoño del bosque.
Traza curvas fluviales de sextante celeste;
deposita en su alcuza con terca indiferencia
la savia inconsistente del olvido o el sueño,
la sustancia frugal de las desolaciones,
el material inerte que destila la lenta
alquitara del mundo.

Por los hondos barrancos del dolor se resbala
a pozos del silencio, a la almazara oscura
donde se exprime el fruto agrio del desengaño.
El panorama mudo y herido de la nieve
y un cuchillo de luna, sin sangre, por las sierras.

Con el arco tensado sobre los acueductos,
los caudillos del tiempo ostentan su vigilia,
defienden la clepsidra severa de los días,
el ábaco inflexible de la edad, el mosaico
tenaz, el vidrio frágil de las duras esfinges.

Un hombre no es un hombre hasta que no ha sentido
en su pecho los negros lebreles del olvido,
la torva geografía del dolor riguroso,
la arquitectura aguda del ajimez desierto,
el alpechín amargo y turbio de la ausencia.

Ya vas rindiendo al tiempo su sórdida alcabala:
este rastro de azufre de los hijos del trueno,
este limón salobre que hiera la garganta
y esta luz de atalaya sobre el cielo morado.
Cuando todo presagia la noche por los templos,
la soledad del eco gutural en las bocas,
el alfar de los días y un alféizar sin nadie,
escucha el desconsuelo nocturno de los gatos.

Con la pasión secreta y erosiva del agua,
el lirio se levanta sobre los albañales,
regala su lunar plenitud de blancura
a la alquimia secreta de los asperjadores
y anuncia la costumbre fluvial de otras mañanas
en los tibios jardines dulces del paraíso.

Aquí termina el manuscrito de Abul Qasim. En el espacio en blanco que hay tras esta última composición, alguno de los poseedores del cuaderno - un contemporáneo nuestro, sin lugar a dudas, porque la huella de Borges es indiscutible - dejó anotados estos versos que transcribo a continuación, más como curiosidad que por rigor filológico:

Quien escribió estos versos no tuvo el privilegio
de conocer los días de un futuro imposible:
no percibió la imagen cabal del universo,
no supo de Alighieri, ni de Shakespeare; no estuvo
en las arrebatadas ocasiones solares
por las que transitaron tal vez sus sucesores.
Su destino lo fija la misma arena frágil
que nos expone a todos a la marea en la orilla.

Pero el tiempo piadoso le concedió otros dones:
no vio la destrucción de Medina Azahara,
ni el agudo estertor secreto de la peste,
ni las persecuciones que azuzó el fanatismo,
ni perdió en otro exilio injusto su pasado.

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser distribuida por Palabra Virtual con la autorización de su autor.



Antología de poesía hispanoamericana
<http://palabravirtual.com>